conversación no me preocupaba, sentía inclinado el pensamiento y los ojos hacia las moles inseguras y amenazadoras. Un río llamado *Urrola*, bastante ancho y crecido entonces con los torrentes de nieve derretida, corre á lo largo del camino, formando de trecho en trecho sábanas de agua y cascadas que se derrumban con un ruido y una impetuosidad asombrosos; todo esto anima el espectáculo que á la vista se ofrece.

No se ven aquí señoriales castillos como los de las orillas del Loira, que recuerdan á los viajeros el soñado país de las hadas. En estas montañas no hay más que chozas de pastores y algunos lugarejos tan apartados y escondidos, que para llegar á encontrarlos es necesario andar mucho tiempo en su busca; pero con toda su tosquedad, esta naturaleza ruda y agreste no deja de ofrecer bellezas á quien la mira. Había tanta nieve, que llevábamos delante de nosotros veinte hombres que nos abrían camino apartándola con anchas palas; pero este servicio no fué para mí costoso, como cualquiera supondrá: hay aquí una ley establecida y bien observada, según la cual tienen obligación los habitantes de un pueblo de abrir paso á los viajeros hasta los límites del pueblo próximo, cuyos habitantes encárganse de la faena que los primeros abandonan; y como no hay obligación de darles nada por su trabajo, el más pequeño presente les alegra. Los vecinos de aquellas comarcas unen á este cuidado el no menos importante de tocar las campanas con ánimo de advertir á los viajeros la dirección que deben seguir cuando á poblado quieran acogerse si el tiempo es borrascoso, lo cual acontece pocas veces en este país. Me han asegurado que desde hace cuarenta años no había caído tanta nieve como ahora, de modo que muchas gentes la miran como un prodigio, acostumbrados á pasar muchos inviernos sin escarcha.

Nuestro convoy es tan numeroso, que bien podría compararse con esas famosas caravanas que van á la Meca, porque además de mi acompañamiento y el de D. Fernando de Toledo, habíanse unido á nosotros cerca de San Sebastián tres caballeros con sus criados, que regresaban de una encomienda de Santiago. Eran dos de esta orden y el otro de la

de Alcántara. Aquéllos llevaban cruces rojas bordadas en forma de puñal, éste llevaba una cruz verde; uno de los primeros era gallego, y el otro andaluz; el tercero era catalán, y todos de familias distinguidas, luciendo los apellidos de Sarmiento, Carvajal y Cardona, al mismo tiempo que su arrogante figura y su conocimiento del mundo. Todos me prodigaron galanterías, y pude observar en sus modales algo de las costumbres francesas. Por la noche nos apeamos en Galareta, villa poco distante del monte San Adrián, donde dormimos bastante mal.

Desde Galareta hasta Vitoria disfrutamos de un camino más agradable que el del día anterior. Vense las tierras cubiertas de campos de trigo y viñedos, y los pueblos á poca distancia unos de otros. Encontramos á los aduaneros que hacen nuevas gabelas cada vez que se pasa de un reino al inmediato, y los reinos en que se halla España dividida no son de gran extensión. Don Fernando me había referido que pasaríamos cerca del castillo de Quebaro, en el cual habitaba un duende; contóme muchas extravagancias de que los naturales del país están persuadidos, hasta el punto de no haber quien se refugie bajo los techos del castillo, hacia el cual me sentí atraída, pues aunque soy por naturaleza pusilánime, no temo á los espíritus, y aun cuando algo hubiera temido, tranquilizárame al verme rodeada por numeroso acompañamiento. Enderezamos nuestros pasos hacia la izquierda del camino, y llegamos pronto al pueblo que toma del castillo nombre. El dueño de la posada nos manifestó que el duende no gustaba de ser molestado, y si tal deseo tenía, por muchos que fuéramos nos golpearía muy á su sabor hasta dejarnos medio muertos. Estas noticias me hicieron temblar. D. Fernando de Toledo y D. Federico de Cardona, que me daban la mano, comprendiendo mi susto, echáronse á reir. Avergoncéme y fingí tranquilidad. Entramos en el castillo, que sería muy hermoso con un poco de cuidado para evitar su lenta destrucción; falto en absoluto de muebles, sólo vimos en ancha sala unos tapices que representaban los amores de D. Pedro el Cruel y D.ª María de Padilla. Veíase á esta señora sentada como una reina, entre

varias damas, y al rey poniéndole sobre la cabeza una corona de flores. En otro lugar ella descansaba en un bosque, á la sombra de un árbol, y el rey le ofrecía un halcón. También la vimos vestida en traje guerrero; el rey, armado, le ofrecía una espada, lo cual me hace pensar si Doña María siguió á D. Pedro en alguna campaña. Todas estas figuras estaban mal dibujadas, pero D. Fernando me advirtió que los retratos verdaderos de aquella dama la representaban como una mujer encantadora, la más atractiva de su siglo. Subimos á una torre sobre la cual se alzaba el torreón donde habitaba el duende, pero, por lo visto, estaría éste de paseo, porque allí nadie notó su presencia. Después de recorrer la extensa fortaleza, volvimos á tomar nuestro camino.

Acercándonos á Vitoria, cruzamos una llanura muy agradable. La ciudad está rodeada por dos cercos de murallas, unas viejas y otras nuevas, aparte de las cuales no hay ninguna fortificación. Cuando estuve algo repuesta del cansancio producido por el viaje, propusiéronme para distraerme acompañarme á ver una comedia; pero esperando á que ésta principiara, vi con gusto llegar á la plaza cuatro numerosas cuadrillas de jóvenes, precedidas de tambores y trompetas, y después de dar algunos pasos comenzaron la pelea con bolas de nieve, tan vigorosamente arrojadas que daban fuertes golpes.

Más de doscientos adalides intervinieron en aquella lucha, y era de ver, cómo caían y se levantaban sufriendo tumbos y coscorrones, la gritería de todos y las rechiflas del pueblo. Luego me aparté de aquel extraño combate para entrar en la casa donde la comedia debía representarse. Apenas me vi en la sala, escuché á mi alrededor un grito confuso de muchas voces que repetían *¡Mira, mira!*

El decorado del teatro no era muy hermoso; el escenario se alzaba sobre unos toneles y unas tablas desunidas y mal puestas, las ventanas abiertas de par en par dejaban paso á la luz, pues allí no había ni antorchas ni teas, que aumentaran la ilusión del espectáculo. Se representaba la *Vida de San Antonio*, y cuando los cómicos decían algo que gustaba, el público repetía: *¡Víctor, víctor!* Esto es costumbre aquí. El

encargado de representar al diablo iba vestido como los demás, llevando solamente, para distinguirse de todos, medias coloradas y dos cuernos en la frente. La comedia tenía sólo tres actos, y en los intermedios representaban bailes y sainetes, acompañados aquéllos por el compás de arpas y guitarras, salpicados éstos por los chistes, algunas veces bien insustanciales, del *gracioso*. Las cómicas danzan con la cabeza cubierta por un sombrerillo y tocando las castañuelas; en la *zarabanda* corren velozmente; su estilo no se parece poco ni mucho al francés; aquí las bailadoras mueven mucho los brazos y pasan con frecuencia la mano por encima del sombrero y por delante del rostro, con una gracia muy singular y atractiva; tocan las castañuelas primorosamente.

No imagináis á estas cómicas de que hablo inferiores á las de Madrid. Las que figuran en los espectáculos que para el rey se celebran son algo más elegantes, pero las otras, aun las dedicadas á representar *comedias famosas*, son en su mayoría muy ridículas. El público también aparece inconveniente algunas veces; por ejemplo, cuando San Antonio reza un *confiteor* (y lo hace con mucha frecuencia), los espectadores se arrodillan acompañando los *mea culpa* con tan fuertes golpes que parecen suficientes para hundir el pecho.

Tal vez sería éste lugar apropósito para describir los trajes, pero creo conveniente aplazar este trabajo para cuando llegue á Madrid. Entre dos descripciones de objetos parecidos, es necesario escoger la del más bello. Entre tanto no puedo resistir el deseo de apuntar una moda extraña: todas las señoras de esta sociedad abusan tanto del colorete que se lo dan sin reparo desde la parte inferior del ojo hasta la barba y las orejas, prodigándolo también con exceso en el escote y hasta en las manos; nunca vi cangrejos cocidos de más hermoso color.

Aunque llevo un pasaporte firmado por el Rey de España y extendido en amplia forma, me obligan á tomar una cédula en las Aduanas, porque sin este requisito me confiscarían los equipajes.—¿De qué me vale, pues, el pasaporte del Rey? —pregunto á los empleados.—De nada—responden ellos; y añaden que para tener valor la firma del Rey, sería indis-

pensable que el Rey mismo fuese á confirmar de palabra que había firmado aquel documento.

Cuando un viajero no ha cumplido con las formalidades establecidas tomando una cédula, se arriesga mucho á ser despojado de sus bagajes. Es inútil excusarse alegando que un extranjero desconoce las costumbres del país: los empleados contestan secamente que de la ignorancia de los extranjeros se aprovechan los españoles.

El tiempo borrascoso nos detuvo dos días más en Vitoria, cuya plaza principal tiene una hermosa fuente y está cerrada por la casa de la villa, la cárcel, dos conventos y muchas casas bien construídas.

La ciudad está dividida en dos barrios, el viejo y el nuevo; todos los vecinos van dejando aquél para recogerse con más comodidades en éste. Abundan aquí los comerciantes ricos, ocupados en el tráfico del hierro que producen las minas y es llevado á todas partes. Las espaciosas calles tienen á cada lado una fila de árboles. El monte San Adrián dista de aquí siete leguas. Al fin partimos, para llegar á dormir en Miranda. El paisaje, muy agradable al principio, se muestra pronto surcado por un río pedregoso, cuyas aguas corren con estrépito, formando á trechos remansos y cascadas. Subiendo por empinados montes corrimos grandes peligros hasta llegar á las ruinas de una fortaleza, donde también habitan duendes al decir de los labriegos de las cercanías. Detuvímonos en un pueblo donde se revisan los pasaportes y se paga el impuesto real; el alcalde, acercándose á mi litera, entabló conmigo conversación y refirióme que hubo en otros tiempos un rey y una reina, padres de una princesa tan bella y seductora, que antes parecía divinidad que humana criatura. Llamábase *Mira* y de tal modo subyugaba, que las gentes, no pudiendo apartar de ella los ojos, repetían al verla: ¡Mira, Mira! Hé aquí la etimología de una palabra buscada en tiempos bien remotos. Nadie pudo ver á esta princesa sin quedar enamorado por los encantos de la que con su orgullo y su indiferencia hería de muerte á sus amadores. Un basilisco no hubiera hecho tantas víctimas como la bella y peligrosa Mira, que despobló en poco tiempo el reino de su padre y

todos los lugares cercanos. Sólo se veían allí muertos y moribundos; después de haber suplicado á la princesa inútilmente, los enamorados pidieron al cielo justicia contra tanto rigor. Algunos dioses irritáronse al fin, y no fueron las diosas quienes tardaron más en dar á conocer su descontento; de manera que, para castigo de Mira, los azotes del cielo acabaron por exterminar el reino de su padre. En esta grande aflicción, habiendo consultado el rey á los oráculos, oyóles decir que no había para nadie piedad hasta que su hija expiara los dolores que habían causado sus ojos, saliendo desterrada, conducida por un fatal destino que la llevaría luego al punto donde perdiera su reposo y su libertad. La princesa obedeció, creyendo imposible que nadie lograra su infelicidad, animando su dormida ternura, y en traje de pastora recorrió las dos terceras partes del mundo, aumentando cada día en tres ó cuatro docenas el número de sus amorosos homicidios, porque su hermosura no disminuía con las fatigas del viaje. Llegó á la espesura que rodea el viejo castillo del conde Nios, joven dotado de mil perfecciones, pero el más arisco de los hombres que, pasando en la caza su vida, acercábase á los leones y huía de las mujeres, por ser lo que más odiaba en el mundo. Allí, la incomparable Mira, reposando á la sombra de unos árboles, vió pasar á Nios vestido con una piel de tigre, llevando el arco atado á la cintura y apoyada la maza sobre un hombro; sus cabellos revueltos como abrupto matorral, su cara tiznada como las de los carboneros. No dejó, sin embargo, la princesa de juzgarle agradable y hermoso, y corrió tras él como una loca mientras el conde huía como un loco. Mira perdió á Nios y no supo dónde hallarle; así lloró desesperada noches y días enteros hasta que Nios volvió cazando por aquellos lugares; vióle Mira y siguióle; notólo el conde y escapó; mucho corría, pero su pasión había dado fuerzas á la princesa, y alcanzándole al fin, cogióle por los cabellos y le rogó que la contemplara, segura con esto de conmoverle. Nios inclinó la cabeza deteniendo en la hermosa faz de aquella mujer sus mirades frías, como si no le impresionara más que un tronco del bosque. Nadie quedó nunca tan sorprendido como lo fué la princesa en aquella oca-

sión; llorando siguió al conde hasta el castillo y entró siguiéndole, pero él desapareció luego y ella no le pudo ver jamás. La pobre Mira, desconsolada, murió de pena, víctima de tamaño desprecio, y desde entonces óyense resonar en el castillo de Nios ecos lastimeros. Durante muchos años, reviviendo la tradición, iban las mozas de las cercanías á ofrecer regalos de frutas, leche y huevos á la muerta enamorada, dejándolos en una poterna. Esto lo hacían para consolarla con su recuerdo; pero ya está muy extinguida esta costumbre supersticiosa. Aunque, naturalmente, nada creo de tan difícil historia, me complazco en recordarla como un cuento entretenido, y tan agradable para mi hija que resolvió dedicar también á la difunta princesa unas perdices que habían cazado nuestros acompañantes. Yo no quise privarla de tal capricho que le daba gusto, pero hubiérale tenido mucho mayor comiendo aquellas aves para cénar, bien guisadas.

Atravesamos el río *Urola*, sobre un puente de piedra, y después de haber vadeado un arroyo, llegamos á Miranda, que como pueblo sería considerable, pero como ciudad es muy pequeña. Tiene una plaza grande, adornada con fuentes, y atravesándola el Ebro, le ofrece sus aguas; sobre una cima elevada, el castillo descuella coronado por muchas torres.

Los tres caballeros de que antes hablé, adelantándose á nosotros, habían dado las órdenes convenientes para que tuviéramos cena preparada; juntos la tomamos, y como al acabar era temprano todavía, preguntáronme todos qué deseaba yo hacer para distraerme hasta la hora de dormir. Propuse una partida de tresillo entre los cuatro, interesando yo por mitad en el juego de D. Fernando de Toledo; éste y los otros dos aceptaron, pero D. Federico de Cardona dijo que jugaran sólo sus amigos y el mío, pues él prefería darme conversación. Yo les observaba con gusto, comparando sus modales con los nuestros, á los que no se asemejan en nada.

Jugando aquí los caballeros, jamás pronuncian una palabra, no ya para lamentarse ó mostrar disgusto (esto sería indigno de la gravedad española), ni siquiera para sostener sus derechos con precisas razones; parecen estatuas movi-

das por un resorte, haciendo nada más lo indispensable para proseguir la partida, no permitiéndose aun por gestos el más pequeño desahogo.

Acerquéme luego al brasero y D. Fedrico me acompañó, haciéndome preguntas acerca de la política del rey de Francia, á quien conocía y juzgaba monarca de singulares disposiciones, digno del amor de sus vasallos y de la consideración de todo el mundo. Repliquéle que los sentimientos manifestados por él respecto de nuestro rey me confirmaban en la buena opinión que yo tenía formada de su ilustración y talento; añadí que poco antes de mi marcha tuve noticias de la paz acordada con los holandeses; que el rey había reducido sus compañías, formando las de caballería con treinta y siete individuos, las de dragones con cuarenta y cinco; esta reforma le ahorraba 4.000 caballos, y la que había hecho entre los infantes suprimiendo quince plazas en cada compañía sumaba el número de 45.000 hombres, con todo lo cual demostraba su deseo de respetar los tratados largo tiempo.

Respondióme D. Federico de Cardona que su Rey no estaba peor dispuesto para sostener la paz, según se lo había oído decir cuando fué comisionado por el Principado de Cataluña y el reino de Valencia para suplicar al Monarca que retirase las tropas allí destacadas en invierno; que, bien lejos de conseguir lo que deseaba, dióse por satisfecho, logrando que no reforzara la guarnición con las compañías venidas de Nápoles y Sicilia, y—después de oir el Rey el deseo de los catalanes y valencianos—destinadas á Galicia y á León. Pero—prosiguió—si nos hubieran los franceses ayudado, no tendríamos que pedir tranquilidad al Rey de España. Los pueblos de Cataluña, cansados de la opresión injusta y violencia inaudita de los castellanos, buscaron en 1640 manera de librarse para siempre de tales abusos, poniéndose bajo el amparo del Rey de Francia, que durante doce años protegió su independencia; pero las guerras civiles, turbando luego el reposo de que la Francia gozaba, le impidieron socorrer á los catalanes contra el Rey de España, quien supo aprovechar la coyuntura sometiendo á su obediencia el condado de Barcelona y gran parte del Principado.

Hablóme también del pleito que su parienta la Duquesa de Medinaceli acababa de ganar á su suegra la Duquesa de Frías, esposa del condestable de Castilla. Tratábase del ducado de Segorbe, en el reino de Valencia, y del ducado de Cardona, en el Principado de Cataluña, que la de Medinaceli pretendía como hija mayor y heredera del Duque de Cardona; pero la de Frías, habiendo sido esposa del Duque y gozando la posesión de aquellos bienes, en virtud de un testamento que le concedía el usufructo, defendiendo sus derechos y la voluntad de su primer marido, fué condenada á ceder las tierras á la Duquesa de Medinaceli y á pagarle la renta producida durante nueve años. Díjome también que había dos cosas notables en el ducado de Cardona. Una montaña de sal blanca como la nieve por algunos lados, transparente como el cristal por otros, en ciertos lugares azul, verde, violeta, encarnada y de mil colores diferentes. Aunque, por lo regular, en los terrenos salados ni la hierba crece, allí vegetan los altos pinos y las fecundas viñas. Cuando el sol hiere con sus últimos rayos la montaña, ésta parece cubierta de riquísima pedrería; pero lo mejor de todo es que rinde beneficios considerables. La otra particularidad consiste en el agua de una fuente que, presentando el color del vino claro, tiene un gusto muy agradable.

—Yo no sabía esto—le dije;—pero una prima mía, que ha estado en Cataluña, me hablaba de un arroyo cuyas aguas incoloras hacían ver dorados cuantos objetos se introducían en su corriente. —También lo he visto, señora—prosiguió D. Federico,—y recuerdo que un hombre muy avaro y no escasamente loco arrojaba todos los días al cauce monedas de plata para convertirlas en oro; pero como podéis imaginar, se arruinó en lugar de enriquecerse con tal procedimiento. Si regresáis á Francia por el camino de Cataluña, veréis el arroyo de que hablo.—No será este prodigio lo que allí me lleve—respondíle,—sino el deseo que tengo de visitar la montaña de *Montserrate.*—No dista mucho de Barcelona—dijo el caballero—y es lugar venerado por los devotos; las rocas de su cresta presentan la forma de una sierra y la mole toda parece de la cumbre á la falda serrada, formando en muchas partes no

ya empinada y riscosa cresta, sino lisa pared; la iglesia del convento es pequeña y oscura; vese la imagen de la Virgen algo morena y considerada milagrosa, con el resplandor de 86 lámparas de plata. El altar costó á Felipe II 30.000 escudos, y allí acuden los peregrinos desde todas las partes del mundo. Este santo lugar está rodeado por muchas ermitas habitadas por solitarios muy piadosos y enardecidos en su celo cristiano. Son estos ermitaños en su mayoría personas de alto nacimiento que han abandonado el mundo después de conocer sus falsías y viven extasiados en su dulce retiro, aunque su residencia es dificultosa, pues sólo se puede llegar á sus hogares por peligrosos caminos abiertos en la roca. En aquellas cumbres se goza de una vista muy espléndida, se hallan con frecuencia sonoros manantiales que riegan los pequeños jardines cultivados por aquellos religiosos, y se respira un aire fresco y puro impregnado de sentimientos religiosos y devota soledad.

—Todavía tenemos otro santuario muy renombrado—añadió,—el de *Nuestra Señora del Pilar,* venerada en una capilla de *Zaragoza,* sobre un pilar de mármol. Dícese que la Virgen apareció sobre aquel pilar á San Jaime y se venera su imagen con mucho respeto. No se la puede ver bien por hallarse alta y en un lugar oscuro, difusamente alumbrado por la claridad de algunas lámparas; el oro y la pedrería brillan á su alrededor, y los peregrinos que acuden á visitarla son muy numerosos.

*Z*aragoza es una bella ciudad, situada en la orilla del Ebro, sobre una extensa campiña; la hermosean grandes edificios, ricas iglesias, un puente magnífico, espaciosas plazas y mujeres encantadoras, agradables, vivas, y tan amantes de la nación francesa que os dedicarían toda clase de agasajos si su tierra visitárais.—Díjele que yo había ya oído hablar de ellas en sentido muy favorable. Pero ese país es inclemente, hasta el punto de ofrecer graves dificultades el sostenimiento de las tropas.

—En efecto—replicó,—tal vez porque los aires del río no serán sanos, ó porque les falte á los soldados alguna cosa para satisfacer sus costumbres, los flamencos y los alema-

nes viven allí difícilmente, y los que no mueren buscan pronto manera para desertar; los españoles y los napolitanos siguen también este singular espíritu de constante deserción; estos últimos pasan por Francia y vuelven á su país; los otros, atravesando los Pirineos á lo largo de Languedoc, entran en Castilla por Navarra ó por Vizcaya. Es un camino que los soldados viejos hacen fácilmente, pero que los jóvenes yerran con frecuencia, siendo víctimas en Cataluña de la lucha difícil que fomenta el rey de España, quien sólo con muchos gastos puede sostener aquel ejército, y las victorias que consiguen sus enemigos no son pequeñas.—Ya sé que se siente más en Madrid la menor derrota sufrida en Cataluña que la mayor pérdida en Flandes ó en Milán.—Pero ahora —continuó—vamos á vivir más tranquilos que antes, porque la Corte confía mucho en la duración de la paz, hablándose á todas horas de un casamiento que afirmaría nuevas alianzas, y como al Marqués de *Los Balzanes* se le han conferido las órdenes para que pida la mano de la princesa de Orleans al rey de Francia, supónese que no dejará de hacerse la boda, si bien sorprende que D. Juan de Austria convenga gustoso en la realización del proyecto.

—Mucho tendría que agradeceros—dije—si me dierais á conocer lo que pensáis de tan alabado personaje, y supongo que mi curiosidad no ha de parecer importuna sabiendo que voy á una corte para mí desconocida, y en la que aparecería de sobra necia ignorando sucesos que á las personas principales se refieren. D. Federico de Cardona prometióme cortésmente referir cuanto sabía y juzgaba de importancia en este asunto, y comenzó su relato así:

—No creo disgustaros si, aun á riesgo de ser algo pesado, tomo las cosas desde su origen, advirtiendo que D. Juan de Austria es hijo de una mujer de singular belleza y encanto, llamada María Calderona, cómica, de quien se apasionó locamente un día el Duque de Medina de las Torres; y era este caballero tan gallardo, que María le amó con el mismo delirio con que fué por él amada. En el período más ardiente de aquella pasión, el rey Felipe IV vió á la querida del Duque y la prefirió á una señora noble, dama de la reina, la

cual quedó tan sentida con el cambio del Rey, á quien de veras amaba y del que había tenido un hijo, que se retiró á las Descalzas Reales para tomar el hábito de religiosa.

Como el corazón de la Calderona pertenecía por entero á su amante, ella no quiso aceptar los favores del Rey sin consultar sus propósitos con el Duque y saber si éste consentía: hablóle así, proponiéndole además retirarse á cualquier sitio por él escogido y vivir secretamente á su pasión consagrada; pero temiendo el Duque caer en desgracia con el Rey, le contestó que dispuesto estaba siempre á ceder á su señor una dicha que no podía disputarle; María, indignada, hízole cargos por su debilidad, llamándole traidor á su amor é ingrato para su querida, añadiendo que si él era tan feliz para disponer del corazón á su antojo, ella no estaba en iguales circunstancias, y que si dejaba de verle moriría desesperada. Conmovido el Duque por tan apasionados extremos, prometió fingir un viaje á sus posesiones de Andalucía, y quedarse oculto en casa de la Calderona. Así lo hizo: despidióse de la Corte y, como estaba convenido, ganó en secreto la casa de su amada, exponiéndose á grandes riesgos con su imprudente proceder. El Rey, entretanto, sentíase muy enamorado y satisfecho, y algún tiempo después, cuando María parió á D. Juan de Austria, lo mucho que se asemejaba éste al Duque de Medina de las Torres dió asunto para que las gentes lo creyeran su hechura; sin embargo, entre los varios hijos naturales del Rey sólo D. Juan fué reconocido.

Los partidarios de D. Juan atribuyen esta distinción á un cambio verificado con los hijos de la Calderona y de la reina Isabel; pero esto es una fábula urdida para imponer al pueblo el extremado capricho del Soberano, y que á todas luces carece de fundamento. Pretenden que el Rey, locamente apasionado por la cómica, teniéndola embarazada en el mismo tiempo que á la Reina, le prometió que si de uno y otro lecho nacían varones, haría reinar al hijo de la querida, trocándolo con el de la legítima esposa. «¿Qué arriesgáis en esto, señor? le dijo María para convencerle. ¿No será siempre vuestro hijo el que reine después de vos, y amándome como aseguráis, no amaréis más al príncipe si mi sangre lle-

va?» La cómica era lista y el Rey muy débil para sus caprichos; así, se resolvió á llevar á cabo semejante propósito, y con tanto acierto lo ejecutaron, que habiendo parido la Reina y la Calderona en los mismos días, el cambio se hizo; pero Baltasar, el hijo favorecido con el título de Príncipe, murió á los catorce años.

Cítanse con fundamento como causantes de aquella desgracia ciertos cortesanos libertinos que proporcionaron á su alteza inconvenientes fortunas amorosas. Preténdese también que D. Pedro de Aragón, su ayo y primer gentilhombre, contribuyó más que ningún otro dejando entrar en la cámara del jóven á una mujer de quien estaba enamorado; después de estas visitas, el príncipe fué presa de violenta calentura; los médicos, que ignoraban la causa de la enfermedad, creyeron aliviarle con frecuentes sangrías, que acabaron de robarle sus escasas fuerzas, apresurando su muerte. Al saber el Rey, muy tarde ya para remediarlo, cuanto había ocurrido, desterró á D. Pedro, culpándole por no haber evitado aquellos excesos y por no delatarlos á tiempo.

Entretanto D. Juan, á quien educaron como hijo natural del Rey, no ganaba más consideración en palacio, y seguramente muy grande la lograría siendo lo del cambio en vez de cuento ingenioso verídica historia; pero á pesar de todo, sus amigos sostienen que las facciones del hijo de la Calderona recuerdan las de la reina Isabel como su mismo retrato, y esta opinión no deja de imponerse algo en el ánimo del pueblo, ansioso de novedades, y tan amante de aquella Reina, que todavía la llora como si acabara de morir; muchas veces aún se hace su panegírico sin otro móvil que la veneración á su memoria consagrada. También es cierto que si D. Juan de Austria hubiese querido aprovechar las favorables disposiciones del pueblo, lograra levantar mucho su nombre y su fortuna; pero sus deseos limítanse á servir al Rey, avivando entre los vasallos el respeto y fidelidad que le son debidos.

Retrocedamos, tomando de nuevo en cuenta la intriga de la Calderona. Un día sorprendió el Rey al Duque de Medina